En la «homilía» que sigue a continuación también Dios nos habla por medio de su Iglesia, o sea, de sus ministros, los cuales explican el contenido de la palabra de Dios, ayudándonos así a comprenderla mejor y a aplicarla a nuestras vidas.

2.º Liturgia de la Eucaristía. Esta comienza cuando el sacerdote representa a Dios el pan y el vino, mas el momento principal es cuando Cristo *se hace presente* sobre el altar, al pronunciar el sacerdote las mismas palabras de Jesús en la última Cena:

ESTO ES MI CUERPO...

ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE...

Con estas palabras dichas por el sacerdote en la consagración, se renueva el sacrificio de la cruz, y damos gracias a Dios por el don de la redención y del mismo sacrificio.

Después de ofrecer los fieles el sacrificio juntamente con Jesucristo y con el sacerdote, reciben el cuerpo y la sangre del Señor como alimento de la nueva vida (Lit. 55).

Nosotros podemos presentar al Señor en el Ofertorio de la Misa juntamente con el sacerdote celebrante nuestra vida con nuestras obras y sufrimientos: estudio, alegrías, tristezas, descanso y trabajo...

429

Palabras de la Consagración

Muchos son los Padres de la Iglesia que nos hablan de las palabras de la consagración, o sea, del poder omnipotente de la palabras de Cristo. He aquí como se expresan algunos:

1) *San Ireneo, lib. 4 adv. haer:*

«El pan sobre el que se pronuncia la invocación de

Dios no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía».

2) *San Ambrosio, De sacr. 4,4,14:*

«¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo? Por la consagración. Pero, ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús. Porque todo lo demás que se dice anteriormente, la alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes y los demás, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. Así que es la palabra de Cristo la que obra el sacramento».

3) *San Cirilo de Jerusalén, Catec. 4,1:*

«Habiendo pronunciado el mismo Jesucristo y dicho del pan: "Esto es mi cuerpo", ¿quién se atreverá a ponerlo en duda? Habiendo El mismo asegurado y dicho: "Esta es mi sangre", ¿quién se atreverá a titubear y decir que no es su sangre?».

La transustanciación

La víspera de su muerte, Jesús tomó el pan y pronunció sobre él estas palabras: *«Esto es mi cuerpo».* Si «esto» antes era pan y ahora es el cuerpo de Cristo, síguese que ha habido el cambio de una cosa en otra, conversión de la realidad misma del pan en su cuerpo y la conversión de la realidad misma del vino en su sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades (o accidentes) del pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos.

Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia de una manera muy apropiada «transustanciación» *(Credo del Pueblo de Dios).*

¿Por qué la Iglesia reserva en el Sagrario las hostias consagradas?

La Iglesia las reserva porque «en las hostias consagra-

das que quedan después de la celebración del sacrificio de la Misa, nuestro Señor está allí presente» (Encíclica *Mysterium fidei)*. Y se reservan en el Sagrario para la comunión de los enfermos y para la adoración de los fieles.

Cristo resucitado prolonga así su sacrificio y su presencia en medio de su pueblo, como un nuevo tabernáculo.

430

Elementos de la Eucaristía

La Eucaristía o Santísimo Sacramento tiene, como todo Sacramento, *Materia y forma:*

– *La Materia* es el pan de trigo y el vino de uva.

– *La forma* son las palabras de la consagración: Esto es mi cuerpo; esta es mi sangre, o este es el cáliz de mi sangre...

– *Ministro de la consagración* es todo sacerdote válidamente ordenado, y *ministro de la distribución* de la Sagrada Comunión es también el sacerdote (y el diácono, y en caso extraordinario, para evitar profanaciones, etc., el simple cristiano).

– *Sujeto,* es una cualquiera persona bautizada, aunque se trate de un párvulo (D. 933).

431

La Sagrada Comunión

¿Qué es la Sagrada Comunión? La Sagrada Comunión es recibir al mismo Jesucristo bajo las especies de pan y vino.

Debemos tener presente que a Jesucristo le recibimos en la Comunión para que sea alimento de nuestras almas, nos aumente la gracia y nos de la vida eterna.

Las condiciones para comulgar, son cuatro:

1.ª *Estar en gracia de Dios,* o sea, limpios de pecado mortal. El que comulga en pecado mortal comete un horrible sacrilegio.

2.ª *Buena intención,* saber a quien vamos a recibir.

3.ª *Fe viva,* fervor, humildad y modestia. No acercarse al altar por rutina, vanidad o respeto humano.

4.ª *Guardar el ayuno eucarístico,* o sea, no haber comido ni bebido nada desde una hora antes de comulgar. El agua no rompe el ayuno.

432

¿Qué ha prometido Jesús a los que comulgan? Les ha prometido la vida eterna, porque dice: *«El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día»* (Jn. 6,54).

¿Qué dice San Pablo sobre la comunión indigna? San Pablo dice: *«Quien come el pan y bebe el Cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»* (1 Cor. 11,27-29).

Todo el que se encuentre en estado de gracia y tenga recta intención (guardando el ayuno eucarístico) puede comulgar todos los días.

433

5.º EL SACRAMENTO DE LA UNCION DE LOS ENFERMOS

¿Qué es la Unción de los Enfermos?

La Unción de los enfermos es el sacramento de quie-

nes se encuentran en los últimos momentos de su vida.

– Este sacramento alivia el alma y el cuerpo del cristiano gravemente enfermo.

– El tiempo de recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez (SC. 73).

Institución de este sacramento

Aunque las palabras alusivas al sacramento de la Unción de los Enfermos las hallamos en la carta del apóstol Santiago, él no lo instituyó, sino que lo proclamó por haberlo instituido Jesucristo, como todos los otros sacramentos, según tenemos demostrado. He aquí las palabras del apóstol:

¿Enferma alguno de vosotros? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiese cometido le serán perdonados (Sant. 5,14-15).

434

¿Qué hacía Jesucristo ante los enfermos?

Jesucristo cuando iba predicando el Evangelio, curaba a los enfermos que le presentaban, a veces con una sola palabra, como hizo con el leproso: *Quiero, sé limpio* (Mc. 1,40-42), o con la imposición de las manos (Lc. 4,40).

Los apóstoles recibieron también la misión de curar enfermos con la simple imposición de las manos (Mc. 16,18) y otras veces los ungían con óleo y luego sanaban (Mc. 6,7-13).

Jesús curaba a unos enfermos en primer lugar *espiritualmente* y luego corporalmente (Lc. 5,20). Cuando un

enfermo esté en pecado, se le debe aconsejar que se arrepienta primero de sus pecados y se confiese para ponerse en amistad con Dios, y luego podrá pedir con mayor confianza la salud corporal.

435

Elementos de la Unción de los Enfermos

1. *Materia,* la unción del crisma sobre la frente que se hace con la imposición de las manos...
2. *Forma,* la oración que pronuncia el sacerdote.
3. *Ministro,* el sacerdote ministerial.
4. *Sujeto,* todo cristiano que, habiendo llegado al uso de la razón, se halle gravemente enfermo.

436

Efectos de la Unción de los enfermos

Según la doctrina de la Biblia y de los Concilios Vaticano II y de Trento, los efectos que se derivan de este sacramento, son:

1) *Borra los pecados* (entiéndanse los veniales y también los mortales cuando el enfermo ya no los puede confesar, si de ellos tiene dolor).

2) *Alivia y conforta* el alma del enfermo, disponiéndole para la visión de Dios.

3) *Ayuda al enfermo* a soportar las penas y molestias de la enfermedad y a resistir con mayor facilidad las tentaciones del demonio.

4) *A veces da la salud del cuerpo* si conviene para la salud del alma.

Este sacramento debe recibirse en gracia.

437

Palabras del sacerdote al administrar la Unción

El sacerdote al hacer la Unción sobre la frente y las manos del enfermo, traza con el dedo pulgar una cruz, y dice:

Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.

Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

Después de la Unción, si las circunstancias lo permiten, el sacerdote le da la Comunión del Cuerpo de Cristo como *Viático,* para que le sirva de fortaleza y como compañero en el tránsito de esta vida a la otra dichosa y eterna.

438

6.º EL SACRAMENTO DEL ORDEN SACERDOTAL

¿Qué es el Orden sacerdotal?

El Orden sacerdotal es el sacramento por el cual algunos cristianos son elevados a la dignidad de ministros de Dios.

Hay dos clases de sacerdocio: el *común* y el *jerárquico.*

1. El sacerdocio común es el que reciben todos los fieles por el sacramento del bautismo, que los incorpora a Cristo y a la Iglesia.

2. *El sacerdocio ministerial o jerárquico* es el que re-

ciben solamente *algunos* de entre los mismo fieles por medio del sacramento del Orden, que le da una potestad de consagrar, perdonar pecados, etc., de que carecen los simples fieles.

439

Institución del sacerdocio ministerial

Jesucristo instituyó este sacramento con el que se consagran los ministros del Señor, y lo instituyó al decir a sus apóstoles y sucesores estas palabras: *Haced esto en memoria mía* (Lc. 22,19; 1 Cor. 11,25; Conc. Trento).

Los poderes que les dio, y que ahora se confieren a los que reciben el sacramento del Orden, son:

1) El poder de *efectuar* (cosa que no puede hacer el simple fiel) y *ofrecer* el sacrificio.

2) El poder de *perdonar los pecados* (Jn. 20,23), y

3) El poder de *predicar oficialmente el Evangelio* a todas las gentes (Mt. 28,29; Mc. 16,15).

Dios concede estos poderes sacerdotales *para el servicio* del pueblo cristiano, y así lo dice el Concilio Vaticano II, al exponer cómo los seglares tienen el derecho de recibir de los sagrados pastores «ante todo los auxilios de la Palabra de Dios y de los sacramentos» (LG. 37).

440

Elementos de este sacramento

1. *Materia,* la imposición de las manos.
2. *Forma,* la oración o palabras que la acompañan.
3. *Ministro,* el obispo válidamente consagrado.
4. *Sujeto del Orden,* sólo todo varón bautizado, y no las mujeres «por el ejemplo registrado en las Sagradas Es-

crituras de Cristo quien escogió solamente entre los hombres a sus apóstoles y la práctica constante de la Iglesia (desde los apóstoles) que ha imitado a Cristo al escoger solamente a los hombres...» (Pablo VI).

441

Los ministros de Dios y su consagración

Los ministros de Dios son: El Papa, los obispos, los presbíteros y los diáconos, que dedican su vida al culto de Dios y a atender las necesidades del pueblo de Dios.

Son consagrados por la «imposición de las manos y oración o invocación del Espíritu Santo». En los Hechos leemos:

Los constituyeron presbíteros en cada Iglesia, por la imposición de las manos, orando y ayunando, y los encomendaron al Señor, en quien habían creído (14,22).

Según este texto y estos otros: 1 Tim. 4,14; Tito, 1,5; tenemos:

1) Que Cristo hizo sacerdotes a sus apóstoles,

2) Que los apóstoles consagraron a otros por la imposición de las manos; es decir, a través de los apóstoles, sus sucesores los obispos, recibieron la misma consagración y misión que ellos habían recibido de Cristo.

3) Y a través de los obispos la reciben los presbíteros... Desde los apóstoles hasta nuestros días se viene transmitiendo la potestad sacerdotal «por la imposición de las manos y la invocación del Espíritu Santo» (CD. 1).

442

La vocación sacerdotal

Dios *llama a algunos fieles* para que sean sus sacerdo-

tes o ministros del altar, y van al seminario, unos de pequeños, otros de mayores, y de estos muchos son de condición humilde, hijos de obreros y otros después de tener estudios de bachillerato o universitarios...

Ser sacerdote es ser «otro Cristo», es continuar su misión en la tierra para salvar almas, es predicar el Evangelio, perdonar y consagrar en su nombre.

Esta es una gran gracia y es una dignidad sublime que no todos comprenden.

Los sacerdotes o presbíteros *«son tomados de entre los hombres y constituidos en favor de los hombres en lo que a Dios se refiere para que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados...»* (Heb. 5,1; PO. 3).

Pidamos todos por las vocaciones sacerdotales. Envía, Señor, operarios a tu mies *«porque la mies es mucha y los trabajadores pocos»...*

Advertencia:

Repecto a los *diáconos,* hemos de decir que éstos reciben la imposición de manos «para el ministerio», y pueden administrar solemnemente el bautismo, distribuir la Eucaristía, bendecir el matrimonio, instruir a los fieles, etc.

443

7.º EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

¿Qué es el matrimonio?

El matrimonio es el sacramento que santifica la unión del hombre y la mujer y le da la gracia para que vivan en paz y críen hijos para el cielo.

Y según el Vaticano II: Este sacramento (que representa la unión de Cristo con la Iglesia) es «una comuni-

dad de vida y de amor, que se establece sobre la alianza (o contrato) de los esposos, es decir, sobre su *consentimiento* personal e irrevocable» (GS. 48).

¿Cuándo fue instituido el matrimonio?

El matrimonio fue instituido por Dios nuestro Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y a Eva para que viviesen *siempre* juntos en mutuo y fiel amor (Gén. 2,18-24).

Entonces dijo Dios:

Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne (Gén. 2,24).

Jesucristo santificó el matrimonio elevándolo a la dignidad de sacramento. Dios, pues, es el que quiere *la unidad* de la familia humana.

El matrimonio es fundamentalmente *uno* (de un hombre con una sola mujer) e *indisoluble,* o sea, unidos para siempre.

444

Jesucristo condena el divorcio

Cuando los fariseos le preguntaron a Jesús, tentándole, si es lícito repudiar a su mujer, le dijo claramente:

Quien repudiare a su mujer, y se casare con otra, comete adulterio contra aquella, y si la que repudió a su marido, se casa con otro, comete adulterio (Mc. 10,6-12).

Tanto en este texto como en San Lucas (16,18) y en San Pablo (1 Cor.7,10-11) se nos habla claramente de la indisolubilidad del matrimonio. De aquí que la excepción referida por San Mateo (5,32): *«excepto por caso de fornicación»* o *«por causa de adulterio»* (Mt. 19,4 ss), deben

tomarse las palabras «fornicación» *(porneia* en griego) y la de «adulterio» (por referirse al matrimonio llamado *zanut* por los rabinos, que era ilegal), en el sentido de *concubinato o unión ilegítima.*

Y en este caso el que rompe esa unión ilegal (por no existir verdadero matrimonio) y se casa con otro no comete adulterio; mas el que está unido legítimamente a su mujer, no debe separarse, porque cometería adulterio: *«Lo que Dios unió que no lo separe el hombre»* (Gén. 2,24).

«En este *no lo separe el hombre,* dice Juan Pablo II, está contenida la grandeza esencial del matrimonio y, al mismo tiempo, la unidad moral de la familia».

445

La procreación y educación de los hijos

Este es el fin primario del matrimonio, y los casados pudiendo tener los hijos posibles (que serán su corona y su gloria) deberán no impedirlo y ponerse de acuerdo al decidir sobre el número de hijos sabiendo conjugar armónicamente la paternidad responsable con la generosidad.

El acto procreador no es sólo bueno, sino santo, siempre que se lleve a cabo según su sentido natural, pues todo acto impuro fuera del matrimonio es pecado, y «como el acto del matrimonio está por su misma naturaleza destinado a la generación de la prole, quienes en su ejercicio lo destituyen adrede de esta su naturaleza y virtud, obran contra la naturaleza y cometen una acción intrínsecamente torpe y deshonesta» *(Pío XI Casti connubii* y Pío XII y Juan XXIII hablan en el mismo sentido).

«Si para espaciar los nacimientos existen serios motivos, derivados de las condiciones físicas o psicológicas de los cónyuges, o de circunstancias exteriores, la Iglesia en-

seña que entonces es lícito tener en cuenta los ritmos naturales, inmanentes o funciones generadoras, para usar del matrimonio sólo en los períodos infecundos, y así regular la natalidad sin ofender los principios morales» (Pablo VI. Enc. Humanae vitae; 16).

446

Fines del matrimonio. Los fines del matrimonio son: la procreación de los hijos y su educación, y también el fomentar la ayuda mutua y el amor entre los esposos, y huyan de la fornicación, teniendo el marido su mujer y la mujer su marido.

El acto matrimonial para tener hijos, obliga gravemente y en justicia, cuando uno de los esposos lo pide seria y razonablemente, y tal caso debe realizarse buscando los fines del matrimonio, o sea, realizarse o perfeccionarse los esposos mediante el amor, confianza, fidelidad o el deseo de los hijos.

Un vicio contra el matrimonio es la esterilización artificial directa, o sea, el buscarla como medio o como fin para hacer imposible la procreación, sea con píldoras u otros métodos. Esto es un grave pecado.

Conviene saber que la píldora no siempre evita tener hijos y es perjudicial a la salud de la madre y a su equilibrio físico y sicológico.

La esterilidad indirecta, o sea, la que se realiza con píldora u otros anticonceptivos, es permitida si se hace no con miras a impedir la concepción, sino sólo por indicación médica como remedio necesario a causa de una enfermedad.

447

En consecuencia. Procuren los padres, si es posible,

no impedir el tener más hijos. Cierto día me dio pena oír a un párroco que atendía a varios pueblos, (y con él que hablaba de la catequesis y primeras comuniones de los niños) esta exclamación: En mis pueblos ¡ya no hay niños! Cada vez hay menos. Hay familias que el egoísmo las ha llevado a conformarse con uno o dos hijos para que toquen a mayor herencia el día de mañana y en su ancianidad se han visto solos y terminan perdiendo las herencias materiales que soñaban, y Dios quiera que por apegarse a lo material no pierdan la herencia espiritual y eterna.

A muchos matrimonios había que decirles: ¿Dónde están los hijos que Dios destinaba a ver la luz del día? ¿No será un gran crimen arrojar a la nada seres llamados a la vida eterna? Padres de familia, pensadlo para no ser responsables ante Dios, pues os puede llegar el día de veros abandonados en vuestra vejez...

448

Elementos de este sacramento

1. *Materia:* el derecho mutuo sobre los cuerpos, manifestado por el consentimiento.

2. *Forma,* el consentimiento matrimonial.

3. *Ministro,* son los propios contrayentes, pues el sacerdote que asiste no es más que un testigo autorizado por la Iglesia.

4. *Sujeto,* son los mismos contrayentes.

El amor mutuo de los esposos ha de ser imagen viva del amor que une a Cristo con la Iglesia, por la que Cristo se ha sacrificado hasta dar su vida. Así lo dice San Pablo (Ef. 5,25).

Los que se casan tienen que amarse mucho teniendo por modelo el amor y la unión de Cristo con la Iglesia. Este amor de Cristo a su Iglesia es un amor puro y casto,

y así debe ser el de los esposos... y el de los que entablan relaciones. Cuando las relaciones son castas es más estable el matrimonio.

449

Consejo a los jóvenes. Si Dios no te llama a la vida religiosa y empieza a agradarte un chico, chica..., es natural; pero se limpia, que tus relaciones sean castas, que no tengas que llorar. «El amor viene de Dios» y amor «auténticamente» es querer el bien de otro y no amarme a mí solamente.

Evita el matrimonio de interés, de conveniencia o de pasión. Los esposos deben unirse ante todo con ligaduras de amor espiritual, que ni el tiempo ni el espacio pueden romper.

El que no es fiel a Dios, no espere que te sea fiel a ti. Cumple siempre tu deber religioso. «La familia que reza unida, vive y permanece unida».

Antes de que te cases, mira bien lo que haces. El matrimonio no tiene noviciado, como lo tiene la vida religiosa, y una vez contraído, no puede volverse atrás pues es indisoluble.

Y por lo mismo, los ya casados, si sobrevienen causas graves, deberán reflexionar mucho antes de pedir la separación y ver medios de saberse amar y soportar y enmendar, procurando acomodar el carácter del uno al otro, y así evitar los grandes males que le sobrevendrían a ellos y a los hijos (Véanse mis libros: *«Preparación para el matrimonio»* y *«El divorcio y el aborto»).*

Los esposos son libres para hacer entre ellos un pacto mutuo, o sea, para darse el *sí* matrimonial, pero, una vez dado, se establece un vínculo que depende únicamente de Dios, que quiere poner a salvo los bienes que El ha encerrado en la familia, y estos son: el amor, la educación y

protección de los hijos, la dignidad humana y el bienestar de la familia.

450

La vida religiosa

Hay algunas almas que renuncian al matrimonio, mas esta renuncia no debe ser por fines egoístas, sino por un amor sobrenatural y de entrega al servicio de Dios y del prójimo. Las que se dedican a llevar una vida religiosa, lo suelen hacer con los votos de castidad, pobreza y obediencia.

¡Cuánta labor apostólica están haciendo las religiosas consagradas a Dios en hospitales, asilos de ancianos o enseñanza en los colegios..., y hasta en los claustros con su oración y sacrificios en favor del mundo pecador!

¡El que se sienta capaz de este don, adelante!

PARTE COMPLEMENTARIA DE LA RELIGION

Esta parte es complementaria de las anteriores por las materias que se expresan en ella: virtudes cristianas, pecados capitales, enemigos del alma, las bienaventuranzas y los novísimos. Dejo para el final del libro el tratado de la oración por las preces y oraciones que deben saberse, y aunque ya figuran en todos los Catecismos, no estará mal ponerlas también en una Enciclopedia de todos los tratados de religión.

451

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Hay siete virtudes principales: tres llamadas *teologales* porque dicen relación *inmediata* a Dios, y son *la fe, la esperanza y la caridad,* y las otras cuatro llamadas «cardinales» (del latín *cardo*=quicio) porque alrededor de ellas giran las muchas *virtudes morales,* como la puerta sobre sus goznes o quicios, y son: *Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.*

La mayor de todas las virtudes en orden a la perfección y la más excelsa, como nos dice San Pablo, es la ca-

ridad (1 Cor. 13), y así es por ser la que más une íntimamente con Dios, y porque es la única que permanece eternamente en el cielo, ya que la fe desaparece al ser sustituida por la visión de Dios y lo mismo la esperanza. De la fe ya hemos hablado (Ved. núms, 215 y sigts).

452

La esperanza es una virtud por la que esperamos de Dios, con firme confianza, el cielo y las gracias necesarias para alcanzarlo. Vivimos con esta esperanza porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido y porque El es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1,1). *«Esta es la promesa que El nos hizo la vida eterna»* (1 Jn. 2,25).

La caridad es la virtud sobrenatural por la cual amamos a Dios por si mismo sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios, y debemos amarle porque es infinitamente bueno (Ved núms. 335-337).

453

La primera virtud cristiana en cuanto que *es fundamento* de la vida sobrenatural, es la fe, porque todas las virtudes e incluso la caridad presuponen la fe, pues, como dice San Ambrosio: «La fe es el fundamento sólido de todas las virtudes». Si en realidad yo no tengo fe, ¿cómo he de esperar en Dios y amarle? Si yo no creo en Dios, ¿cómo puedo esperar en El? Y ¿cómo podré guardar la humildad y ser casto, si no creo que Dios nos impone estas virtudes con expreso mandamiento, y nos reserva castigos en caso de infracción?

Las virtudes morales

Estas son las que se derivan de las llamadas «cardina-

les» y se vienen a reducir a las siguientes: *Obediencia, paciencia, Magnanimidad, castidad, virginidad, mansedumbre, clemencia, modestia, humildad, penitencia...*

Como todas estas virtudes las tengo tratadas en el libro titulado: LAS VIRTUDES CRISTIANAS, remito a mis lectores a él.

454

PECADOS CAPITALES

¿Qué es el pecado? «El pecado es la transgresión de la ley de Dios» (1 Jn. 3,4). Hay siete pecados o vicios que llamamos «capitales», porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados, y el jefe de todos ellos es la soberbia.

1) Soberbia

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir, no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos.

El orgullo es el vicio opuesto a la virtud de la humildad, el cual es la señal más evidente de reprobación (S. Greg. Magno).

Del orgullo nace el desprecio de los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores (S. J. Crisóstomo).

Como el orgullo es el principio de todos los crímenes, es también la ruina de todas las virtudes. El orgullo es el primero en la senda del pecado y el último en la del arrepentimiento (San Bernardo).

455

No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males (Tob. 4,14). Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia (1 Ped. 5,5).

El orgulloso cree saber hasta lo que ignora..., no quiere recibir lecciones ni consejos...; es terco...; por estas razones hay pocas esperanzas de verle convertido. El orgullo hace su propia voluntad, y la humildad hace la voluntad de Dios...

Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error (S. Agustín).

De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo (Filomeno).

456

El orgullo es el complemento de la ignorancia (Fontenelle).

Cuando el orgullo va delante, la vergüenza y el perjuicio siguen detrás (Luis XI de Francia).

La mayor necedad del hombre es la soberbia... Y sentir ser despreciado del mundo es ser más soberbio que el mundo (Quevedo).

El orgulloso se conoce por cuatro señales: 1. El orgulloso cree no deber a nadie lo que posee... 2. Cree no deberlo más que a su propio mérito... 3. Se vanagloria de lo que tiene... 4. Desprecia a los demás, y desea que todos sepan que tiene mucho.

Mientras el orgullo da origen a las discordias y pleitos, la humildad es madre de la paz y de la concordia.

457

2. Avaricia

La avaricia es un pecado capital, fuente de muchos pecados... y causa de desavenencias. La fiebre del dinero es la idolatría de todos los tiempos...

Ser avaro no es sólo amar el dinero, sino perseguir algo con inmoderado ardor. Cualquiera que desee más de lo que necesita, es avaro (San Agustín).

El que quiera ser rico en Dios no amontone dinero para si; antes, al contrario, distribuya a los pobres el que posee... ¿Quién es el verdadero rico? El que nada desea. ¿Quién es el verdadero pobre? El avaro (San Beda).

(El avaro en su locura), amontona tesoros e ignora para quien los reúne (Sal. 39,7). Dejará sus riquezas a extraños y no le quedará más que el sepulcro (Salm. 49,11). Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida –la felicidad– en la hacienda (Lc. 12,15).

458

La caridad une a los hombres, el egoísmo los separa (Aparisi). La avaricia hace ocioso al hombre, la liberalidad lo hace amable (Boecio).

Monstruo ordinario es la avaricia de los viejos. «El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitre que vuela alrededor de su cadáver» (Séneca).

Se desprendido. «La codicia rompe el saco», y «quien más tiene más quiere» (Refrán). ¿Para quién amontonas? Job dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá» (1,21).

¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes, sino en dominar tu codicia (Epicuro). Piensa que

la Escritura Santa nos revela que la avaricia es un pecado grave, por cuanto «ni los avaros poseerán el reino de Dios» (1 Cor. 6,10).

459

3. Lujuria o impureza

La lujuria es un apetito desordenado de deleites carnales. Este es un pecado torpe que envilece, degrada y esclaviza. La pérdida de la pureza trae la pérdida de la paz y de la alegría, la ceguera espiritual, la incredulidad y el olvido de Dios.

San Pablo dice: Andad en el espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne... Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría... embriagueces..., quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios (Gál. 5). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid de la fornicación (1 Cor. 6,15-18).

El que se entrega a la impureza, se verá en la vergüenza; la podredumbre y los gusanos serán sus herederos..., y su alma será separada del libro de la vida (Eclo. 19,3).

El más espantoso castigo que ha experimentado el mundo, es el diluvio; y ¿qué atrajo el diluvio de la tierra? La impureza de los hombres. Toda carne estaba corrompida, y para la tierra del vicio impuro, Dios envió el diluvio de agua... (Gén. 6).

460

¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Gomorra la lluvia de fuego y azufre? La impureza... Aquellos grande pecados impuros clamaban al cielo (Gén. 19,24).

Se impone la lucha contra la impureza, porque mien-

tras ésta esclaviza, la pureza ennoblece y eleva. Las almas puras son amables, alegres y caritativas. Esta virtud exige huir de las ocasiones peligrosas y reclama la mortificación de los sentidos.

El que empieza a entregarse al vicio de la impureza, empieza también a alejarse de la fe (S. Ambrosio). Este pecado «aleja al hombre infinitamente de Dios» (Santo Tomás). El hombre impuro en vez de espiritualizar su cuerpo, materializa el alma (S. Agustín).

¿Qué queda a los lujuriosos después de haber satisfecho la pasión? La vergüenza, la confusión y el arrepentimiento. Se impone el ser hombre de carácter, hombre de fuerza de voluntad para levantarse y no volver a caer en el pecado, y esto lo conseguirán queriendo y luchando y frecuentando los sacramentos para que Dios les auxilie con su gracia.

461

4. Ira

La ira es un apetito desordenado de venganza. La ira es una fiera que puede domarse. La ira origina disputas, calumnias, blasfemias, maldiciones, y lleva sobretodo a la maldad, a la venganza, al homicidio.

La ira destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma (S. Gregorio M.).

No verás a un hombre a quien haya dominado la ira que después no condene altamente su proceder... Piensa que no es dueño de sí mismo el que injuria, sino que está loco, y no te molestarán los insultos (S. J. Crisóstomo).

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón. Plutarco invita al hombre

enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta; viendo que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará.

462

Platón dijo: El hombre sabio y cuerdo se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las causas de la ira, son: la pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo...

A la ira hemos de oponer la paciencia y la mansedumbre, virtudes que nos hacen amables a Dios y a los hombres. «La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15,1). La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos (Eclo. 6,5).

El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira comete locura (Prov. 14,29). El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15,18).

Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios (Ecl. 7,8). La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30,26).

463

5. Gula

La gula es un apetito desordenado de comer y beber. Los excesos de la mesa originan el embrutecimiento, la lujuria, enfermedades, riñas, embriaguez...

La Escritura Santa nos dice: Los excesos de las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce la có-

lera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37,33).

Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho.

Sueño tranquilo es el del estómago no cargado, se levanta por la mañana dueño de sí.

Dolor, insomnio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31,19-24).

464

La gula destruye el cuerpo y el alma (S. Jerónimo). En la medida que se va acercando uno a la vejez, está bien tener en cuenta el dicho: «La salud no está en el plato, sino en la suela del zapato». Hay, pues, que ser sobrios en las comidas y mover el cuerpo, no apoltronarse y estar ocupado en algo.

El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios (Eclo. 19,22). Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desordenes la embriaguez; no será sabio quien se entregue a ella (Prov. 20,1).

465

Mientras la gula es madre de la lujuria, la sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Tengamos presente el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir».

Interesante es también este dicho de un filósofo: «Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis dos convidados: el cuerpo y el alma.

Acordaos de que lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo que dáis a vuestra alma, durará siempre». (Véase «Embriaguez» y «Sed sobrios»).

466

6. Envidia

Envidia, es un pesar del bien ajeno, «es el odio por la felicidad de los demás» (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable, la más baja y odiosa de todas las pasiones; y de ella nacen el odio, la ira y la venganza... Ejemplo: Caín..., los hermanos de José...

No tengas envidia del malvado ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios no hablan más que para dañar (Prov. 24,1-2). La envidia es carcoma de los huesos (Prov. 14,30).

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sab. 2,24). «La envidia es invención de Satanás» (S. J. Crisóstomo). El envidioso tiene los ojos enfermos; todo lo que es brillante y hermoso, le ofende y le daña; está agitado, atormentado por la gloria y la virtud de los demás.

467

La envidia es raíz de todos los males, el manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios... (San Cipriano).

No habites en lugar donde ves que otros te tienen envidia, porque allí no aprovecharás (Abad Poemen). Una de las venganzas de la envidia consiste en «alabar a otro» (Gar-Mar).

Preguntaron a Sócrates qué es lo que es dañoso a los buenos y atormenta a los malos, contestó: «La felicidad de los malos es dañosa a los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta a los malos con la envidia».

La envidia es una gran enfermedad, y hay que destruirla con la dulzura y la caridad, con el desprecio de la

gloria y de los bienes temporales y el deseo de los bienes eternos. San Agustín dice: «Grande es el hombre que doma la envidia por medio de la caridad».

468

7. Pereza

Pereza es un caimiento de ánimo en el bien obrar; es como un apetito desordenado de reposo. El agua que se estanca no corre, se corrompe... La ociosidad es madre de todos los vicios.

El perezoso es un ser inútil. ¿Para qué sirve tu vida? Es la higuera estéril del Evangelio, que inútilmente ocupa la tierra... El campo del perezoso está lleno de ortigas...

Ve, oh perezoso a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?... (Prov. 6,6-11).

La ociosidad enseña muchas maldades (Prov. 33,29). El perezoso se hace indigno de la existencia, y como al árbol sin fruto hay que decir: «¿Para qué ocupar terreno en balde?».

469

Hay tres modos de no hacer nada: 1.º Estar ocioso. 2.º No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3.º Hacer mal lo que se hace.

La pereza trae la ignorancia... ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (S. Crisóstomo).

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad

será el día del descanso y premio eterno. «Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos».

La historia del perezoso se refleja en estas palabras «quiere y no quiere». Los que se limitan a decir «querrían» son los que en realidad no quieren, porque no ponen los medios para serlo. ¡Cuántos santos «en futuro», pero pecadores en realidad! «El hombre recogerá lo que haya sembrado» (Gál. 6,7-8).

470

Ejercitemos la caridad cristiana

Voy a terminar este pequeño trabajo recordando la «obra de misericordia». Sabido es que el cristiano tiene por mandamiento principal el amor, y no sólo el amor a Dios, sino también el amor al prójimo. Notemos que la caridad tiene estos dos campos íntimamente unidos entre sí: amar a Dios sobre todas las cosas y amar en Dios y por Dios al prójimo como a nosotros mismos.

Dios ha dejado en la tierra miseria para que haya en ella hombres misericordiosos (San Agustín).

Deber, pues del cristiano es ejercer la caridad y la misericordia. Notaremos también que no es lo mismo *caridad que misericordia*. La caridad es un concepto más amplio, es amor a Dios y al prójimo; la misericordia se dirige al prójimo.

471

Las obras de caridad que los hombres practican para socorrer al prójimo en sus miserias y necesidades son las llamadas «obras de misericordia».

Las siete obras de misericordia espirituales son:

1.º *Enseñar gratuitamente* el Catecismo y cualquier estudio al que no sabe.

2.º *Dar buen consejo* a los equivocados, a los que van por mal camino, aconsejar el bien moral...

3.º *Corregir al que hierra.* Los padres y educadores deben hacerlo por justicia a sus niños, pero los amigos y todos debemos hacerlo por caridad. Si te advierte alguno tu falta, dale las gracias, y no te enfades, pues el enfado debe ser contra ti que eres el culpable...

4.º *Perdonar las injurias.* Siempre hay que perdonar. Recuerda la petición del Padrenuestro: «Perdona nuestra ofensas, como también nosotros perdonamos...»

5.º *Consolar al triste,* al que se ve despreciado, al calumniado, al que ha perdido un ser querido o su fortuna...

7.º *Rogar a Dios por los vivos y los muertos.* Es obra muy cristiana y una gran limosna espiritual...

472

Las siete obras de misericordia corporales son:

1.º Visitar a los enfermos, en los hospitales, en su domicilio, a los pobres especialmente, y ayudarles si es preciso con medicinas o como se pueda.

2.º *Dar de comer al hambriento,* o darles dinero para comprar alimento...

3.º *Dar de beber al sediento.* Esto se nota en países como el Oriente, por ser muy grande el calor y se siente una sed abrasadora...

4.º *Redimir al cautivo* o poner fianza para que un preso salga de la cárcel.

5.º *Vestir al desnudo,* al que no tiene traje para vestirse con decoro o defenderse del frío...

6.º *Dar posada al peregrino* o buscarle albergue, viéndole necesitado...

7.º *Enterrar a los muertos.* Tobías es modelo de esta obra de misericordia. Incluye también velar a los difuntos y asistir a sus funerales...

473

Estas obras se llaman de «misericordia» porque de suyo, no se deben de justicia. Ejemplos: Si uno tiene que pagar una deuda o salario debidos, el educar a sus hijos, el enseñar de los maestros, etc., estas son obras de *justicia,* y el que las hace está obligado a hacerlas; mas para otros el dar limosna o hacer las obras dichas es cosa libre, pero está bien hacerlas por *caridad*, y sobre todo cuando hay casos a los que no llega la justicia.

El Santo Maestro Juan de Avila decía: «Hoy se ponderan mucho las obras de misericordia corporales y nada las espirituales. No hay ojos para ver los daños del alma. Peor es ver a un hombre en pecado que verle muerto de hambre y de sed, desnudo y enfermo. Las verdaderas miserias son el pecado, y las otras sin él, no lo son.

Amemos a quienes nos odien o hagan mal. Haz bien y no mires a quien. Odiemos el pecado, pero amemos al pecador. El venerable *Libermann* se encontró un día por la calle de París con un hombre, que se paró delante de él y a modo de latigazo le lanzó estas palabras: «¡Ah cura, si supieras cuánto te odio!». Libermann le contestó con suavidad: «Amigo, si supiese usted cuanto le amo».

474

LOS ENEMIGOS DEL ALMA

Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne. Estos tientan y hacen mal a los hombres, porque tienden a seducirnos e incitarnos a quebrantar los manda-

mientos de Dios y a pecar privándonos de la gracia santificante.

La tentación es una solicitación o incitación al pecado; pero la tentación no es pecado. Sólo puede serlo cuando uno consiente en ella y se complace en el mal con advertencia y voluntad.

Dios permite que seamos tentados: para probar nuestra fidelidad, para conservarnos en la humildad y para acrecentar nuestros méritos.

Para vencer las tentaciones hemos de orar y resistirla desde el principio. *«Velad y orad para no caer en la tentación»* (Mt. 26,41). *Medios* para vencerlas: evitar las ocasiones malas, invocar los santos nombres de Jesús y de María, hacer la señal de la cruz, actuarse en la presencia de Dios...

Tengamos siempre presente que *«fiel es Dios que no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, sino que de la misma tentación nos hará sacar provecho para que podamos sostenernos»* (1 Cor. 10,13).

475

¿Quién es el mundo?

Por «mundo» unas veces se designa al universo creado (cielos y tierra), otras veces los hombres a los que Dios ama (Jn. 3,18); pero aquí entendemos por *mundo* a los hombres malos y perversos, de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12,31); y *mundo* también son las cosas que hay en la tierra: el dinero, el honor, la diversión, etc.

Entendemos así el *mundo,* el cristiano debe vivir en el mundo sin ser del mundo, y despreciar las cosas del mundo que arrastran al pecado; hay que saber *supervalorarlas...*

Los amantes del *mundo* son ciegos e insensatos; pre-

fieren lo transitorio a lo estable, lo mortal a lo eterno, la tierra al cielo...

476

¿Quién es el demonio?

El demonio es un ángel que pecó y fue condenado para siempre. Es llamado «diablo, Antigua Serpiente, Satanás».

Los demonios por envidia tientan a los hombres sugiriéndoles malos pensamientos y tentándoles por medio del mundo y de la carne.

Dios permite también que hagan a veces males corporales, como a Job; pero el hombre es libre para pecar o no pecar.

– *Pío XII* dijo: «El demonio es el enemigo oculto, astuto, instigador de todo mal...» (12-10-1952).

– *Pablo VI* dijo también: «Es el enemigo número uno..., ser oscuro, perturbador, que siembra errores e infortunios en la historia humana»; y dijo además tener la sensación de que «a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios» (29-6-1972).

El demonio es como el perro atado por una cadena; no morderá, no te vencerá si no te acercas a él. En la tentación haz la señal de la cruz y lo harás huir de ti. (Ved n.º 236 y 240).

477

¿Quién es la carne?

La carne es nuestro mismo cuerpo con sus pasiones e inclinaciones torpes; y se le debe vencer con la gracia de

Dios y con nuestro propio esfuerzo, con mortificaciones y vencimiento.

El cuerpo y el alma han de ser atendidos y tenidos a raya para que no se desmanden.

LAS BIENAVENTURANZAS

478

¿Cuántas y cuáles son las bienaventuranzas? –Las bienaventuranzas son ocho:

1. Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

2. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

3. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

4. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

5. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

6. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

7. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

8. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y digan con mentira, todo género de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa... (Mt. 5).

En los capítulos 5, 6 y 7 de San Mateo tenemos el llamado «Sermón de la Montaña» (el pronunciado por Jesús

en una colina cercana a Cafarnaún) y es como el programa fundamental de su predicación.

El exordio de este sermón son las ocho «Bienaventuranzas», que señalan el camino a seguir o condiciones que han de tener todos para entrar en el reino de los cielos, ofrecido como premio.

479

El «Sermón de la Montaña»

Se llama así este sermón, porque Jesús predicó las «bienaventuranzas» en un monte a las multitudes allí reunidas; y encierra lo principal de su doctrina. El empieza llamando «dichosos» a los que el mundo llama «desgraciados»; y sin embargo el mundo reconoce dentro de sí que tiene razón Jesús, pues todas las desdichas que azotan al mundo presente, tienen por causa el no practicar las «bienaventuranzas.

Todos hemos de merecer el cielo, y de aquí las bienaventuranzas que hay que practicar para conseguirlo.

1.ª *Bienaventurados los pobres en el espíritu.* Estos son los no apegados a las riquezas de este mundo, los desprendidos, los verdaderamente humildes, los que, reconociéndose hechura de Dios, a El atribuyen cuanto poseen, pues saben que no tienen nada que no hayan recibido de Dios, prefiriendo siempre los bienes espirituales a todo lo terreno.

Ellos reconocen su propia miseria y pecado, y lo bueno lo atribuyen a Dios; y si no tienen riquezas materiales, aceptan resignados su estado de pobreza. El quicio de la pobreza está en apoyarnos en solo Dios, y todo lo demás son complementos...

2.ª *Bienaventurados los mansos:* Los verdaderamente humildes y pacientes, los que no se irritan, los que saben

aguantar, sufrir y esperar. De ésto es la verdadera Tierra prometida, o sea, la posesión del reino de los cielos.

3.ª *Bienaventurado los que lloran* los pecados e injusticias propias y ajenas, y se privan de placeres terrenos aun moderados.

4.ª *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,* esto es, de rectitud, de verdad y de santidad.

5.ª *Bienaventurados los misericordiosos,* los que socorren al pobre en sus necesidades corporales y espirituales, y usan de misericordia y de benignidad aun con los extraños.

6.ª *Bienaventurados los limpios de corazón,* los que no admiten el menor pecado, ni la menor imperfección y son del todo mortificados en sus pasiones, obrando siempre con sencillez y rectitud.

7.ª *Bienaventurados los pacíficos,* los constructores de la paz, los que la procuran ya en sí mismos, ya en los demás. La paz es bienestar y concordia, y por eso hemos de estar dispuestos a limar asperezas, a que desaparezcan las divisiones y rencillas, a fomentar la caridad, o ceder algo de nuestra parte, dentro de los límites de la verdad.

8.ª *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia,* esto es, los que sufren por la defensa de lo que es justo y santo, por los intereses de Dios, de su religión y sus ministros, por el triunfo de la virtud.

LOS NOVISIMOS

480

Los novísimos son las *postrimerías* o *lo último* que Dios asigna a cada ser humano. Pablo VI dijo: «De los novísimos hablan pocos y poco», mas conviene tenerlos muy en cuenta, y pensar en ellos, como nos amonesta la

Sagrada Escritura: «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás» (Eclo. 7,40).

«Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria».

1. *La muerte. La muerte* es común a todos los hombres, y es una consecuencia del pecado (cfr. Rom. 5,12). Consiste en la separación del alma y del cuerpo. Con la muerte se termina el tiempo de merecer.

La Liturgia de la Misa de Difuntos nos consuela y anima a vivir con la esperanza en el cielo al decirnos:

La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo.

San Pablo nos dice: *No estéis tristes como los que no tienen esperanza (1 Tes. 4,13). Con la muerte pasamos a la inmortalidad (S. Cipriano). El cristiano muda la vida presente por otra mejor.*

2. *El juicio.* Hay dos clases: *uno particular,* que tendrá lugar después de la muerte (cfr. Heb. 9,27) en el que Dios premiará o castigará a cada uno según sus obras (cfr. Mt. 25,34), y al fin del mundo habrá un *juicio universal,* cuando Cristo venga a juzgar a vivos y muertos, y se ratificará la sentencia públicamente.

481

3. *¿Existe el infierno?* No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe, verdad revelada muchas veces en la Sagrada Escritura, tantas veces en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los saduceos y materialistas antiguos como los racionalistas y modernistas de hoy, lo niegan, pero es sin duda porque quisieran que no existiera por temor a ser castigados por sus crímenes.

Nadie, dicen los ignorantes, han venido del otro mundo a decirnos que existe el infierno. Y se equivocan, por-

que vino Jesucristo, el Dios hecho hombre, que nos habla claramente de él en el Evangelio, y un día dirá a los impíos: *«Apartaros de mí, malditos, al fuego eterno... y éstos irán al suplicio eterno»* (Mt. 25,41 y 46).

Notemos que el infierno es eterno, pues Jesucristo nos habla de un suplicio *eterno* y de fuego *eterno.* Y en el Apocalipsis leemos: *«el diablo que lo extraviaba... será arrojado en el estanque de fuego y azufre... y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (20,10).*

482

Algunos dicen: No puede ser eterno el infierno, porque no se comprende la naturaleza de un fuego eterno. A esto diremos; No lo entenderemos, dice San Agustín, San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia con Santo Tomás, pero es un fuego real, instrumento de la justicia divina, que atormenta «de un modo admirable y verdadero», fuego que arde, pero no consume las víctimas, como la zarza de Moisés que ardía sin consumirse.

Añaden: Dios es Padre y no puede castigar con penas eternas. Respondemos: Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y le blasfema y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

483

Un ejemplo gráfico. Aunque bastan las palabras de Jesucristo para demostrar la existencia del infierno, veamos un ejemplo, que merece crédito:

El Padre Baldinucci, italiano (y este ejemplo consta en el proceso de su beatificación), predicando en la dióce-

sis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en otoño el vendabal arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causó gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

484

¿Existe el Purgatorio? El Purgatorio existe, porque así nos lo da a entender la Escritura Santa cuando nos habla de sacrificio ofrecido por los pecados de los muertos, y dice: *«Santo y saludable es el rogar por los difuntos para que sean absueltos de sus pecados»* (2 Mac. 12,42). Ahora bien, como esto sería cosa superflua e inútil rogar por ellos si sólo hubiera cielo o infierno, síguese la existencia del Purgatorio.

La Tradición de la Iglesia y la Liturgia desde los primeros siglos no ha cesado de rogar por los difuntos y ofrecer por ellos el sacrificio de la Misa.

Añadamos a esto la doctrina de los Concilios, especialmente el de Trento en el que esta definida su existencia (Dz. 983).

La razón también nos dice existe, pues sabemos que en el cielo no entra nada manchado (Apoc. 21,27) y sólo pueden ir a él las almas limpias de toda culpa y pena; por otra parte, al infierno sólo van quienes mueren en pecado mortal.

Por tanto, los que mueren con pecados leves o no han satisfecho en esta vida por sus penas temporales, como no pueden ir al cielo ni al infierno, según lo dicho, irán al Purgatorio, lugar de purificación para poder luego entrar en el cielo.

485

El limbo de los niños

Hoy algunos lo han negado, pero los teólogos en general dicen que hay un lugar especial donde van las almas de los niños que mueren sin el bautismo, y que este lugar se llama *limbo de los niños.*

Esto se funda en las palabras del Señor, que dice: *Si alguien no renaciere del agua y del Espíritu Santo* (por medio del Bautismo), *no podrá entrar en el reino de los cielos* (Jn. 3,5).

Si en el cielo no entra nada manchado, ¿dónde irán las almas de los niños que mueren con el pecado original si no existe el limbo?

Los teólogos dicen que por no tener estos niños culpa personal gozarán de una *felicidad natural,* y no tendrán dolor ni tristeza por verse privados de la visión de Dios, porque en realidad no tenían derecho a ella.

De hecho tenemos que es de fe (y en este sentido lo dicen los Concilios II de Lyon y el de Florencia) que las almas de los que salen de esta vida con pecado original están excluidas de la visión beatífica de Dios.

486

¿Existe el cielo o vida eterna?

San Agustín al hablar del cielo dice: «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestra mirada al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (Lib. de Civit).

El cielo es morada de Dios y de los santos que parten de este mundo. El cielo es el premio eterno que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman en esta

vida, y El llama «bienaventurados» a los pobres, a los que lloran y les toca sufrir en esta vida, y los anima diciéndoles: *«Alegraos y regocijaos porque es grande vuestra recompensa en el cielo»* (Mt. 5,12). *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en él»* (Hech. 14,21).

El cielo es un estado de felicidad inenarrable. El hombre con sus fuerzas naturales no puede comprenderla: *«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman»* (2 Cor. 12,4)... ¡Cuántas cosas bellas hemos visto, en la naturaleza, en las grandes ciudades, cuánta hermosura en el firmamento!... y, sin embargo, a pesar de tanta maravilla como hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo, que consiste en la posesión perfecta de todo bien y en la carencia absoluta de todo mal...

«En el cielo ya no tendrán hambre ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni llanto ni dolor» (Apoc. 7,16; 21,4).

En el cielo tampoco podrán pecar los bienaventurados, porque su voluntad se halla de tal modo confirmada en el bien por una íntima unión de caridad con Dios, que le es moralmente imposible apartarse de El por el pecado.

La felicidad del cielo es de una duración eterna: *«Los justos irán a la vida eterna... y los impíos al suplicio eterno»* (Mt. 25,46) (Véase mi libro: *«¿Existe el infierno?»).*

Yo ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo que morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?

Los enemigos del alma son tres: mu
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo ser, pues no soy santo!

Fray Pedro de los Reyes

SEGUNDA VENIDA DE JESUCRISTO

487

Señales escatológicas

Escatológico (del griego *esjatós*=último) significa las últimas cosas que han de suceder. A cada hombre sucederán los novísimos (de los que hemos hablado anteriormente). *Novísimo* (del latín *novissimus*, superlativo de *nuevo)* significa también *lo último, lo postrero* que ha de suceder a cada uno. Por eso dice la Escritura: *«Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40).

Antes de hablar de las señales precursoras de la segunda venida de Jesucristo, hablemos algo de ésta, si el mundo al fin de los tiempos continuará en su forma actual y de la resurrección de los muertos.

Los católicos al rezar el Credo afirmamos diariamente este dogma: Jesucristo subió a los cielos y «desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». El Conc. Vaticano II dice: «Hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de todos los ángeles (Mt. 25,31), de sus discípulos: unos peregrinan en la tierra y otros, ya difuntos, se purifican, mientras otros son glorificados» (Lg. 49).

La Escritura nos dice claramente que Jesucristo volverá. He aquí el testimonio de los que le vieron subir al cielo: *«Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese*

Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como lo habéis visto subir al cielo» (Hech. 1,11).

Y vendrá de esta manera y de modo inesperado: *«Como el relámpago que sale de oriente y brilla hasta el occidente así será la venida del Hijo del hombre... y vendrá con gran poder y majestad»* (Mt. 24,27-30).

«Velad porque no sabéis cuando llegará vuestro Señor. Estad preparados porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre» (Mt. 24,42-44).

488

¿Continuará el mundo en su forma actual? Al fin de los tiempos el mundo no continuará en su forma actual, ni será aniquilado, sino solamente renovado y cambiado en mejor, pues, como dice San Jerónimo: «No veremos otros cielos y otra tierra, sino los viejos y los antiguos mudados en otros mejores».

Vendrán los tiempos de la *restauración de todas las cosas* (Hech. 3,21), y el universo entero será renovado con el género humano (Ef. 1,10; Col, 1,20; 2 Ped. 3,10,13), y una vez *renovado el género humano,* el universo, según los apóstoles, ha de servir de escenario a la vida humana, porque la creación inanimada tomará parte en la felicidad del hombre (Rom. 8,19) y porque vendrán *nuevos cielos y nueva tierra en los cuales habitará la justicia* (2 Ped. 3,13).

El reinado universal de Jesucristo ha de venir, pues *«conviene que El reine»* y que *«se forme un solo rebaño bajo un solo pastor»*, que aún no ha llegado, y caerán entonces sus enemigos a sus pies, y le quedarán sometidas todas las potestades diabólicas, y se cumplirán las profecías (Sal. 72,11 y 17; Zac. 14,9; Dn. 2,44)...

Yo creo firmemente en *un milenarismo sobre la tierra* (y si a alguno no le agrada la palabra ««milenarismo», dí-